

El tenso equilibrio del discurso autoritario

0. La complejidad de las interacciones discursivas en el seno de la vida social es tan elevada que no parece adecuado afrontarlas sin un deslinde previo de objetos, métodos, fines e intereses. El riesgo principal es sin duda la tergiversación de una cierta realidad social a manos de una crítica excesivamente formalizada, que puede sesgar o incluso falsear el objeto sobre el que se aplica. Este riesgo, que en el caso del positivismo fue mortal, ha sido evitado cuidadosamente por el pragmatismo anglosajón, que ofrece en la figura de Peirce el primer eslabón de una cadena que conduce con relativa facilidad hasta lo que hoy denominamos "pragmática", a través del Wittgenstein de los "juegos del lenguaje", Austin, Strawson y el Searle de los actos de habla¹.

Si la vertiente social no es la única que la pragmática ofrece, sí es, al menos, la más importante; más aún que la lingüística, cuya preponderancia en los primeros estudios de pragmática se debió a la enorme sensibilidad que un decrépito funcionalismo mostró a la semiosis social en la coyuntura de la aparición del generativismo. Espero no apropiarme indebidamente de ninguna idea de Eliseo Verón cuando digo que la pragmática ha de

(1) Sobre estas ideas introductorias vid. la Presentación de Gérard Deledalle a las actas del congreso sobre Pragmática de Perpignan, en Deledalle (ed.), *Semiotics and Pragmatics*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, 1989.

ser ante todo un saber social si no quiere volver a enredarse en el formalismo escolástico de la lingüística europea de años pasados. En todo caso no entraré ahora a establecer jerarquías entre estas cuatro ramas (Pragmática, Semiótica, Lingüística y Sociología) porque en última instancia es posible que sean meras facetas de un único y solo saber (cuya denominación, obviamente, es una simple cuestión política).

El conocimiento que esta especie de (trans)disciplina nos procura es enormemente útil para analizar los fenómenos discursivos de la interacción social por varios motivos. El primero de ellos es la fiabilidad de sus resultados, ya que la distorsión producida por las herramientas metodológicas parece ser mínima en comparación, por ejemplo, con la semiología saussureana, con la utópica sociología del conocimiento de Mannheim, con la visión simplista del marxismo, con las diversas tendencias de modelos y arquetipos, o incluso con la crítica excesivamente comprometida del estructuralismo parisino. La pragmática, en su combinación de teoría de la interacción y teoría del discurso, tiene la posibilidad al fin de evitar el pensamiento unidireccional que había caracterizado a parecidas disciplinas anteriores. Otra razón de su utilidad es la riqueza de sus procedimientos: teorías del signo, teoría de los actos de habla, teorías del discurso, análisis de la interacción, teoría del juego, teoría de catástrofes, etc. Y un tercer motivo lo constituye su contrastabilidad, ya que el carácter proteico de sus aplicaciones hace posible equiparar los resultados obtenidos en objetos muy diferentes entre sí. Un ejemplo lo podría constituir precisamente el motivo de este trabajo: el discurso autoritario, que aquí aparece analizado desde el punto de vista del discurso social, es perfectamente contrastable con otros tipos de discursos sociales dentro de la misma disciplina, y él mismo, desde luego, puede ser analizado con otras perspectivas dentro de los límites clásicos de la pragmática. (Esta es la razón por la que evitamos aquí el uso de los actos de habla, de una teoría explícita de la presuposición, de la noción de implicatura, etc.)

1. El discurso autoritario es en nuestras sociedades un tipo de práctica social más frecuente de lo que pudiéramos pensar: no se reduce a la dialéctica estatalista o política sino que se extiende a todos los dominios de la cotidianeidad y empapa en buena medida la interacción social en sus niveles discursivos. Sería difícil aprehender la esencia autoritaria de un determinado sistema político de no ser por la presencia efectiva del autoritarismo en la convivencia ciudadana; de hecho nuestra experiencia personal nos enseña que es más frecuente y cotidiano el autoritarismo interpersonal que el político, y una mínima dosis de sentido común nos permitirá establecer su mayor influencia sobre los sujetos que a él se ven sometidos.

No es difícil definir lo que debemos entender por autoritarismo; sólo hay que evitar confundirlo con sistemas subordinados a él (dictatorialismo, absolutismo) o con nociones socio-políticas en sentido estricto (diálogo social, terrorismo). La definición que desde un punto de vista pragmático nos interesará aquí pasará, lógicamente, por la noción de discurso. La vigésima edición del Diccionario de la Real Academia define el autoritarismo como "sistema fundado en la sumisión incondicional a la autoridad"; podremos entonces entender el discurso autoritario como aquél que se basa en una sumisión incondicional. Encontramos aquí datos fundamentales: 1., no se trata de un discurso clausurado sobre sí mismo, sino que precisa de un interlocutor que se le someta²; 2., se establece una doble jerarquía entre ambos interlocutores: la jerarquía social, dada de antemano, genera una jerarquía discursiva; y 3., el destinatario del discurso autoritario se ve privado de su libertad (en el sentido ingenuo) al exigírsele sumisión incondicional. Estos tres caracteres, interlocución, jerarquía y sumisión, serán nuestro punto de partida.

2. Si la práctica social del discurso autoritario exige la presencia de dos interlocutores será improcedente hablar de uno

(2) Con lo cual podríamos intentar rastrear el posible carácter dialogal de tal relación. No conozco ningún estudio sobre esta dimensión del discurso autoritario.

de ellos como responsable pragmático del mismo: es preciso privar a la expresión "sujeto autoritario" de toda pasión intuitiva, porque pragmáticamente tan autoritario es el destinador como el destinatario que con su sumisión hace posible el autoritarismo.

Nos encontramos entonces con una suerte de interacción social de tipo dialogado. El diálogo social se puede definir como un juego de presuposiciones pragmáticas que se van ocultando o mostrando según los intereses de cada uno de los interlocutores³. El esquema de Wunderlich⁴ distingue entre presupuestos generales (conocimientos + capacidades) y especiales (conocimientos y expectativas sobre el interlocutor y sobre la propia situación de enunciación). El principal objetivo de todo discurso autoritario consiste en eliminar los presupuestos generales del destinatario, en hacer desaparecer todo aquel prejuicio, creencia o conocimiento que directa o tangencialmente contradiga los presupuestos generales del emisor.

En este punto hay algunos detalles importantes. El efecto que A (emisor) persigue sobre B es hacerle entrar en una serie nueva de presupuestos; en el autoritarismo ideológico se ponen en juego los presupuestos generales, es decir, los concernientes a la concepción del mundo, a las normas sociales, a los grandes temas y preocupaciones, etc. Pero hay un tipo de autoritarismo, quizá más pedestre o primario, que no va más allá de los presupuestos especiales que rigen el propio intercambio pragmático (conocimiento del interlocutor, expectativas sobre la comunicación, cortesía en el turno de la palabra, etc.). Ambos tipos de discurso pasan por la sumisión de los presupuestos de B respecto a los de A, y son en consecuencia autoritarios. Pero quizá lo que mejor subraya el carácter de sumisión incondicional es el

(3) Cuando F. Andacht, en *El paisaje de los signos*, habla de la comunicación interpersonal como enfrentamiento de estrategias, apunta, creemos, en esta precisa dirección.

(4) Reproducido en Schlieben-Lange, *Pragmática Lingüística*, Madrid, Gredos, 1987, pp. 105-6.

hecho de que una vez que el sujeto B se ha situado en la órbita presuposicional de A, una vez que ha sometido una parte de sus presupuestos, ya es posible hipotecarlos todos: la prueba empírica es que todo autoritarismo ideológico suele ir acompañado por un autoritarismo comunicacional (si bien lo contrario es menos frecuente), y cuando no ocurre así se producen situaciones de extrañamiento.

Si profundizamos en el carácter dialógico del proceso vemos que el sujeto fuerte del discurso autoritario mantiene una postura enormemente dialéctica, y no monológica, como pudiera parecer. Precisa conocer bien los presupuestos del otro para poder reducirlos según mejor le parezca (aquí entrarían la persuasión y otras retóricas muy variadas). Conocer al contrario es la mejor forma de vencerle. El fin último del autoritario es obligar al sometido a compartir sus propios presupuestos, creencias y opiniones, pero no parcial o reservadamente, sino de forma incondicional: no se trata tanto de compartir como de imponer una nueva situación.

3. El discurso autoritario, por desarrollarse en el seno de las relaciones sociales, implica un proceso de interacción entre los dos interlocutores que hemos caracterizado como A (destinador) y B (destinatario). Tal juego de interacción pasa en primer lugar por la respuesta que B ha de dar al planteamiento autoritario de A. Aquí es donde el estudio pragmalingüístico ha de ceder ante el sociopragmático, ya que las relaciones autoritarias nacen precisamente de una asimetría de roles sociales, de una estructura jerárquica en la que A está capacitado para sostener su discurso y B incapacitado para contrarrestarlo. La estructura social juega un papel de primerísima importancia en la interacción autoritaria porque de ella depende la mayor o menor capacidad de respuesta del sujeto B.

La verdadera dimensión del plano sociológico queda patente cuando la investigación se dirige hacia un estudio de los comportamientos sociales; de hecho, la respuesta ante un dis-

curso autoritario es siempre un comportamiento. Y sabemos desde el conductismo que el estudio de la conducta humana escapa a los moldes de la psicología de la personalidad, ya que su verdadero lugar de estudio es el de su manifestación, allí donde se muestra y donde ejerce su influjo, es decir, en el seno de la sociedad. La psicología social es, por tanto, el marco de estudio de la respuesta ante un discurso autoritario.

Nuestro interés en este momento, sin embargo, no se centra en el estudio de este tipo de comportamientos, sino en las interacciones pragmáticas a que pueden dar lugar; no nos interesa tanto la estructura psicosocial de B cuanto sus relaciones con A. En este sentido podemos observar varios tipos de respuesta, que condicionan a su vez la contrarrespuesta de A. La dialéctica, en este caso, muestra un poderoso componente performativo, ya que cada interlocutor se ve obligado a reaccionar de una cierta forma ante la réplica del otro. Si para todos es más o menos claro que el discurso autoritario clásico conlleva una fuerte actividad performativa, no lo debe ser menos que el sujeto débil de la relación está comprometido con su propia respuesta y compromete también al sujeto fuerte performativamente.

La sumisión es la única respuesta que el discurso autoritario puede admitir. Sumisión significa pérdida de los propios derechos en favor de los de otro. El sujeto sometido se caracteriza por la carencia de un pensamiento propio y por la dependencia del pensamiento de otro. La sumisión es, en fin, parte consustancial del discurso autoritario, es precisamente la que le confiere su razón de existir y su verdadera naturaleza. Un discurso autoritario carente de discurso sometido es algo absurdo, grotesco y ridículo: un gesticular sin eco alguno. Por eso este tipo de discurso, que siempre va acompañado de un comportamiento psicosocial que no tratamos aquí, es la respuesta fundamental y necesaria que siempre acompaña a todo discurso autoritario, y será para nosotros la primera a tener en cuenta.

Frente al discurso sumiso, o en ocasiones posterior a él, se produce la reacción pendular característica de toda situación extrema (el autoritarismo lo es porque pasa por la negación total de un término: los presupuestos de B), y aparece entonces lo que podríamos denominar como discurso insumiso. La insumisión es la rebeldía no ante el discurso autoritario en sí, sino ante la precariedad de la propia situación. El insumiso no es contestatario ante la autoridad sino contra el sometido. El discurso del insumiso es enormemente dialéctico porque contrapone dos situaciones que él siente como virtualmente autoexcluyentes: la disponibilidad de sus propias creencias vs. su no disponibilidad. Un sujeto A no puede de ningún modo aceptar esta respuesta porque supone, en primer lugar, la no incondicionalidad de la sumisión, y, en segundo lugar, una dialéctica fuerte frente a la sumisión, que en la ideología de A es el término eufórico. Existe una conducta social muy extendida y en cierto aspecto de moda en los últimos años, que responde al discurso insumiso; uno de sus principales atractivos es que no propone un modelo autoritario alternativo al discurso de A, sino que niega la validez del discurso autoritario en general. Muchas utopías de tiempos pretéritos utilizaron una estética de la insumisión para captar adeptos, pero si observamos sus resultados podremos concluir que el mantenimiento de un discurso de la insumisión es muy difícil porque juega con un equilibrio enormemente inestable entre la situación por la cual nace y la situación que pretende establecer (autoritarismo/no autoritarismo): se caracteriza, pues, como discurso de transición, que muere cuando sus objetivos son alcanzados o cuando el discurso de A se impone y lo reconvierte al discurso sumiso.

La subversión es la rebeldía directa contra el discurso de A. La subversión es la negación llana y simple de todo lo que suponga entrar en la órbita de presupuestos del discurso fuerte, la clausura de la dialéctica. Es un tipo de respuesta que el discurso autoritario tiene bien programado, y contra el que puede utilizar estrategias muy variadas: desde la mera persuasión

retórica hasta el uso de la fuerza física en comportamientos sociales patológicos. El discurso de la subversión puede surgir por varias razones: las principales son la imposición defectuosa de un discurso autoritario y la respuesta ante el discurso insumiso. Evidentemente no todos los discursos autoritarios están bien enfocados, porque para ello se necesita una competencia pragmática que no todo sujeto A posee; y ello provoca respuestas no deseadas: insumisión, sublevación, indiferencia, etc. Pero un discurso insumiso puede degenerar en un discurso subversivo simplemente como salida natural a una situación de equilibrio inestable como la que antes vimos. Mientras que la sumisión implica una dialéctica monológica (o comunión de intereses), y la insumisión una dialéctica de la negación, la subversión supone el fin de toda dialéctica. La subversión no es indiferente al autoritarismo, sino que pretende hacerlo desaparecer (con fines, por cierto, muy diferentes según las circunstancias).

4. Es fácil percatarse de que con las categorías que hemos aislado (que no son las únicas posibles, desde luego, pero que sí son arquetípicas) se obtiene algo parecido a los cuadrados semióticos de la escuela de París. Y no tanto por su exacta correspondencia lógica, ya que las categorías de contrariedad y contradicción no se respetan a rajatabla, cuanto por un carácter proteico que le posibilita generar un buen número de programas narrativos. Tal cuadrado sería: autoritario: sometido:: insumiso: subvertido, correspondiendo el primer término al eje de los contrarios, y el segundo al de los subcontrarios.

El interés de un elenco de programas narrativos reside en la dinamización que confiere a la pura taxonomía de actitudes discursivas que hemos realizado: está bien modelizar tales actitudes en unos arquetipos (discursos autoritario, sumiso, insumiso y subvertido), pero ahora debemos ver cómo se engarzan entre sí para no quedar en la mera descripción.

El fin perlocutivo de todo discurso autoritario es propiciar el desplazamiento de cualquier actitud del eje de los subcontra-

rios (insumiso:subvertido) al polo débil del eje de los contrarios (discurso sometido); dicho con otras palabras, se trata de imposibilitar cualquier postura dialéctica, pero no mediante la apelación al nihilismo o al escepticismo comunicacional, sino manteniendo intacto el discurso autoritario definido a través de la sumisión incondicional. Este es el programa básico y elemental del discurso autoritario; cabe señalar como rasgo principal su indiferencia ante la gama de actitudes que van desde la insumisión hasta la subversión: todas ellas quedan subsumidas en un solo tipo de discurso, que, frente al monológico del eje autoritario:sumiso, podría ser definido como "dialógico" en el sentido fuerte de "dialéctico". Así se llega a diseñar el autoritarismo como algo eminentemente discursivo, y no tanto comportamental, ya que su estrategia se basa en la reducción de todo discurso dialéctico a lo monológico por la depuración de los presupuestos comunicacionales. Hay en los fundamentos de este programa un atentado directo a las implicaciones comunicativas que ha aislado Grice⁵, desde el momento en que, por una parte, se niega validez alguna al interlocutor, y, por otra, se establece una retórica de la manipulación basada por lo general en un principio de autoridad ajeno a los propios niveles discursivos. La descripción pragmática del discurso autoritario sólo es posible a través de esta manipulación que implica el desplazamiento de la actitud: la monologización del discurso dialógico conlleva la aparición de lo ritual: repetición y consolidación de estructuras ya sabidas.

Existe un programa de sentido inverso al autoritario, que genera lo que podríamos denominar "proceso de fortalecimiento": si el objetivo del discurso autoritario era someter los discursos dialécticos, la única válvula de escape de la sumisión es la insumisión. El discurso sumiso, según ya vimos, consiste en

(5) En "Logic and Conversation", en P. Cole y J. Morgan (eds.), *Syntax and Semantics*, 3. *Speech Acts*, New York, 1975; vid. también la revisión que hace S.C. Levinson en su *Pragmatics*, Cambridge, 1983 (trad. cast. en Teide, Barcelona, 1989; pp. 89-157).

el apuntalamiento y afirmación incondicional del discurso autoritario, y está sometido por lo tanto a una presión perlocutiva constante por su parte; pero en la mayoría de las situaciones que el mundo real nos ofrece existe una segunda presión, de signo opuesto, que sostienen los discursos dialógicos (eje de los subcontrarios en nuestro esquema). Este juego de fuerzas ofrece varias soluciones según la magnitud de cada una de ellas y según también la calidad de la "incondicionalidad" del sumiso. La catástrofe thomiana (singularidad matemática, punto aislado de un plano, ruptura lógica) se produce cuando el discurso sometido se torna súbitamente insumiso: es sorprendente comprobar cómo en la historia del autoritarismo social este paso es brusco, violento y sin transiciones, y cómo se acompañan la imprevisibilidad de su ejecución y la de sus efectos.

Sus efectos son imprevisibles porque el paso del discurso sumiso al insumiso constituye la puesta en marcha de un mecanismo de desplazamientos en el cuadro que hemos diseñado. Es sencillo aislar las tres grandes fuerzas que operan sobre el insumiso, cuyas respuestas aparecen siempre en sus discursos: 1., el autoritario intenta someterlo (programa de la sumisión o de la clausura del diálogo, que vimos antes); 2., el subvertido, que compone con él el eje anti-monologista contra el autoritario, se ofrece a sí mismo como punto de referencia; 3., el propio insumiso sólo tiene ante sí la opción de la subversión para evitar ser asimilado al discurso autoritario. La marcha lógica del proceso lleva al insumiso a la subversión directa.

El último paso de este proceso es quizá el más interesante porque conlleva un doble desplazamiento y supone a la vez un nuevo programa de acción. Para entenderlo no hay más que aceptar que la subversión eterna no existe, que el estado de perpetua contraposición ante una postura monológica es una utopía. La subversión es un discurso tan transitorio como la insumisión: cesa con el logro de sus objetivos y con la derrota ante el autoritarismo. La derrota supone el sometimiento: pero, ¿y

sus objetivos? El primer desplazamiento de que hablamos lo constituye el sometimiento del discurso autoritario a manos del subvertido; este desplazamiento de un polo a otro del eje de los contrarios (autoritario:sometido) es el gran objetivo del subvertido. En otras palabras, un programa mesiánico como "Acabar con la oprobiosa situación de tiranía" implica el sometimiento del tirano al insurrecto; todos sabemos que no se trata de acabar con la tiranía, sino de someterla.

Y aparece así el segundo desplazamiento: el discurso de la subversión se transforma en autoritario gracias al programa de sometimiento que ha ejecutado sobre el discurso autoritario previo. Este desplazamiento constituye un auténtico proceso de radicalización, basado en una postura intransigente: el paso del eje dialógico (insumiso:subversivo) al monológico (autoritario:sometido) implica la pérdida de la dialéctica. (Y hay que subrayar la palabra *pérdida* porque en este tipo de procesos se siente como tal: la aparente derrota del discurso autoritario deja lugar a un nuevo autoritarismo.)

5. El artificio epistemológico del cuadro nos permite descubrir una cierta circularidad del proceso a base de tres programas esenciales: el de la sumisión, el de la subversión y el de la usurpación. Creemos que las líneas vitales del discurso autoritario en su funcionamiento pragmático-social descansan sobre las cuatro actitudes representadas en el cuadro y sobre estos tres programas.

Ahora bien, la cotidianeidad del discurso autoritario nos sugiere mejor la idea de estado de cosas que la de proceso dialéctico; y esto no encaja bien con la imagen dinámica que hemos presentado. Por lo tanto es preciso relativizar los términos de nuestra exposición y reconocer que una pragmática del discurso autoritario sólo puede servir de marco a explicaciones pragmáticas de discursos de menor alcance. El discurso autoritario es en realidad un discurso abstracto, un marco de tipo ideológico que rige intercambios verbales de otros tipos, pero que

los condiciona en su totalidad⁶. Por eso, contemplado desde la cotidianeidad, todo autoritarismo parece un estado inmutable y difícil de contrarrestar; pero una pragmática generosa, más atenta a la semiosis social que a la meramente lingüística, nos permite encontrar en el seno discursivo del autoritarismo una dinámica evolutiva que recuerda ciertamente a la esfera: nunca puede caer, aunque sólo se sustenta en un punto.

ALFREDO MARTÍNEZ

Universidad de Oviedo

(6) Por eso las categorías que hemos presentado deben ser comprendidas en un conveniente grado de abstracción; cuando G. Abril recuerda que desde Kant la ley puede ser afrontada por ironía o por absurdo sólo está ejemplificando dos tipos posibles de discurso insumiso, el cual, por ser un ente abstracto, engloba una gama virtualmente infinita de casos.